

tan corto tiempo, no lo han tenido para disgustarme: vélaréis para conservar intactos mis derechos, y todos los años curiáreis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmid, que tendrá cuidado de remitírmelas.

Conrado procuró excusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada; ambos americanos insistieron con la mas afable bondad. Conrado entonces hizo la observacion de que le parecia corto el sueldo, atendida la responsabilidad que se le imponia. Mr. de Wallenroth, firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturrido, pero al mismo tiempo contento.

—¿A quién soy deudor de esta limosna de confianza? decía.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á Mr. Schmid:

—El corazon de ese hombre excelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla, y se formalizó la escritura correspondiente: Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, excepto una persona á quien amo mucho, á pesar de que apenas me conoce; debía á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No poseo bienes algunos, ni cuenta mas que con una pension vitalicia que le he señalado, y con la habitacion y el alimento que le he concedido en mi casa de Alleck. Habitareis bajo un mismo techo; es la muger mas amable de este mundo, y espero que viviereis en buena armonia con ella.

Conrado no tuvo que oponer objecion alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Alleck una muger que pudiese dedicarse al mane-

jo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

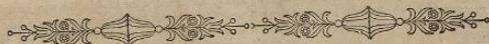
Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Alleck, y se hizo la instalacion con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardin, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrejos y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veia el mayor orden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habianse reservado para el señor juez varias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto, y bastante buenas. No faltaba nada en ellas; y no se habia olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veia un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter habia arreglado del modo mas agradable la casa, el jardin y la despensa.

La señora Walter era una muger seria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educacion. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaba que poseia la desconsoladora experiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarzado desde los primeros dias. Conrado la trató como si le hiciese ya muchos años que la conocia, le enseñó la casa y sus alrededores; le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarlo en lo perteneciente á su jurisdiccion.

—Puede muy bien vivirse con esta muger, decia entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba adivinar por qué razon daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio habia tenido un poco.

(Continuará.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA DE LAS DOCTRINAS SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

En los números anteriores pasamos la vista sobre las diversas especies de doctrinas consideradas en sus relaciones é influjo con la sociedad. Materia es esta inagotable, extensísima, inmensa, y no pocos dias pasaríamos, y muchos artículos tendríamos que escribir si intentásemos recurrerla y presentarla en toda su latitud y grandor. Así que, como echaron de ver nuestros lectores, únicamente nos paramos en los mas altos y notables puntos, y que ofreciendo de sí mas variedad y riqueza, turriesen un interés y una importancia grave á todas luces y trascendental.

La historia del entendimiento humano, la crónica de la filosofía y de las doctrinas es sin duda dilatadísima, variada de suyo y grande. Y cómo descubrir, cómo contar la multitud de escuelas y doctrinas que han pasado por estas altas esferas, por esas encumbradas regiones de la ciencia, brillantes y luminosísimas las unas, negras y oscuras las otras, olvidadas y aun desapercibidas las mas! ¡Cómo

mostrar con exactitud y señalar con precision los errores, las aberraciones, los delirios á que se han entregado los hombres en los diversos tiempos y en los distintos estados? ¿Cómo calcular sus resultados? ¿cómo graduar su influencia? ¿cómo alcanzar sus consecuencias? ¿cómo señalar, cómo pesar y medir el bien que han producido, y el mal que han causado en la civilization de los pueblos? No, esto no lo consiente la debilidad de nuestras fuerzas, ni lo permite este artículo; y aun cuando tal cosa intentásemos, y nos sintiésemos con la robustez para ello necesaria, nos falta rian un sinnúmero de datos para completar la obra, é imposible nos fuera enriquecer el cuadro con todas sus imágenes, y presentarlo en todo su grandor y extension.

Sin embargo, no queremos dejar la comenzada tarea, ni torcer nuestro camino, sin hacer algunas observaciones, cuyo interés es en verdad incontestable, y que por otra parte están enlazadas con las ideas emitidas, y con las observaciones que consignamos en los artículos anteriores.

Lo primero que ante todo ocurre es la diferencia que va de las doctrinas religiosas, sociales y morales, á las naturales, físicas y exactas; diferencia que no se percibe sino en confuso, cuando se miran los objetos por la superficie; pero que en cuanto se penetra en su interior, se ve con toda claridad; ya en lo que mira á su índole y naturaleza, ya en lo que con-

cieme y atañe á la influencia que ejerce el error ó la verdad de las doctrinas mismas; sus consecuencias y resultados.

Inútil es decir, puesto que el alma así lo siente, y todas las generaciones de la tierra en alta voz lo han proclamado, que á mas de ese mundo físico en medio del que el hombre nace, vive, crece, se desarrolla, y últimamente muere ejerciendo las funciones y cumpliendo los destinos que por la naturaleza le están designados; hay otro mundo moral, grande tambien y vasto como aquel, misterioso, sublime, y aun si cabe mas incomprensible para el entendimiento que aquel; que tiene sus leyes como aquel, sus tempestades como aquel, y en el que reina tambien la armonia y el concierto, turbado con frecuencia por el desconcierto y el desórden.

El error no puede manchar la belleza, no puede romper y destruir la armonia del mundo físico, así como puede alterar y destruir, y de hecho no pocas veces altera y destruye el órden y la paz del mundo social y moral. Porque por mas extrañas que sean las ideas, por mas que sean raras y chocantes los sistemas que el entendimiento conciba en el estudio de la naturaleza y para la explicacion de sus fenómenos; los fenómenos se realizan del mismo modo, en el mismo teatro; y la naturaleza sigue tranquila, magestuosa su curso, sin que la afecten los sueños del hombre, ni interrumpen su magnífica carrera la insensatez y los delirios de la humana razon.

No así acontece en el órden social y moral. Sembrad en el entendimiento ideas falsas, que bien presto se convertirán en deseos malignos; ó encendad en el corazón pasiones funestas, que al instante las vereis elevadas en doctrinas erróneas; ya que entre la cabeza y el corazón hay una relacion continua y estrecha, mayor sin duda de lo que á primera vista parece; y notareis que el entendimiento pierde la luz, el alma el sosiego, la sociedad el equilibrio; notareis que todo se anu-

bla y tiembla; que se quebranta la armonía, que se desvanece y cesa aquel órden y apacible concierto, que es la primera necesidad del hombre y la ley general del mundo. ¡Ah! los torbellinos de Descartes no conmovieron y trastornaron la naturaleza, así como conmovieron y trastornaron los Estados las doctrinas democráticas de Rousseau.

Bien se conoce de ahí, con qué detenimiento y pulso debe procederse en la exposicion de los sistemas morales y sociales, y en la creacion de nuevas teorías; aparte las creencias religiosas, campo sagrado, inmenso, cuyos lindes son un abismo, al acercarse á las cuales debe ir con gran tiento la razon, no sea que se resbale y precipite.

Esta materia que jamas carece de interés, tiene una importancia mayor hoy en qua el génio del siglo y el espíritu de la filosofía que va declinando, y que algun dia desaparecerá en el eclipse ha confundido en cierto modo las ciencias físicas con las ciencias morales, dando á aquellas una importancia tal, y atribuyéndolas un dominio tan extenso, que ha redundado en deslustre y menoscabo de estas últimas. Así que, en obsequio de la verdad, y para hacer justicia y tributar el verdadero homenaje á uno de los mas altos y sublimes estudios del hombre, siquiera por un momento haremos alto en este lugar.

No data de una época muy remota la afición decidida al estudio de las ciencias naturales y exactas. Como quiera, ora sea por los descubrimientos que ha hecho el espíritu de observacion y de exámen; ora sea por la aplicacion que de ellos han recibido la maquinaria y la industria, aplicacion á su vez exigida por las nuevas necesidades y por el distinto rumbo que en esta parte como en otras la sociedad ha tomado; ora sea por la escasa importancia que dió una política, que aun es el norte de no pocos gobiernos, y el alma de algunas sociedades á las virtudes de un estado, fijan-

do solo la vista y volviendo toda su atencion al grandor material y á su fuerza pecuniaria; ya sea por otras causas que todos concurren al propio punto y juntas conspiran al mismo fin; lo cierto es, que las ciencias físicas, naturales y exactas, olvidadas como estaban antes, miradas con trío interés, y con una indiferencia, injusta á la vez y perjudicial, hija de preveniciones que se desvanecieron ya, han adquirido desde el último siglo una alta prepotencia, y un dominio, que si se nos permite la frase, llamaremos hasta tiránico, como que tiende á tener bajo su jurisdiccion las ciencias morales, comunicándolas su mismo espíritu y vistiéndolas con sus propias formas. El mismo análisis, el mismo método, la misma lógica, el mismo lenguaje de las frías y descarnadas ciencias, de la anatomía y del cálculo, quiso atribuirse á los altos y nobles estudios del alma y de la sociedad; como si ciencias tan sublimes pudiesen medirse con la misma escala con que se miden aquellas, y como si el sentimiento, llama purísima, que al paso que enardece el corazón, ilumina el entendimiento, debiera apagar-se aquí, porque no necesita su luz, ni ha menester su calor, el que solo está acostumbrado á manejar el escalpelo y el compás.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

Triste resonaba y acompasado, el agudo y clamoroso cimbal que á los fieles convocaba á la oracion: solo el tardío eco de sus vibrantes tañidos, interrumpia la profunda calma, el ab-

soluto silencio con que imponente el espacio, parecia querer intimidar á los débiles mortales. El refrigido astro del dia, ocultaba presuroso sus deslumbradores destellos, cual si hubiera por no autorizar con su magestosa presencia la insondable iniquidad de los hijos de la tierra; parecia ansioso buscar un mundo en que sus vivificadores y purpurinos rayos no se quebraran cual débil juguete en infantiles manos, y donde no manchara su bruñido disco con el impuro alito de los séros humanos. La tenebrosa oscuridad de la noche, tendiendo su funebral y rápido velo, iba reemplazando con bailadoras sombras y fatídicas visiones los puntos que antes luminosos abandonaba el astro matutino, al plegar su luciente cabellera.

Algunos débiles resplandores, tibias lumbreras de la noche, se mostraban en lo mas alto del firmamento, concediendo consuelo pasajero á la vista, que con ávida mirada buscaba un punto en que fijarse ansiosa. Sereno y en calma estaba todo, todo yacía! Solo en el opuesto horizonte y al lejano nivel donde le termina la reducida estension de la mirada, se veían agruparse ligeras nieblas que con peregrina lentitud se condensaban, empañando así la imperceptible claridad que avara permitia la azulada esfera.

Triste yo presenciaba este espectáculo, y lo miraba, como un hombre que enfermedad tiene su razon; lo miraba, si mas era con la indiferencia que inspira á todo lo creado, el que se siente herido con el mas agudo rayo del fatalismo y la desventura, lo miraba con la misma embriaguez que contempla el reo condenado al último suplicio, el implacable y sanguinario instrumento que ha de segar su garganta; con la misma estoica impassibilidad, que los mártires del cristianismo, al experimentar los agudísimos dolores y maceraciones que los obligaban á sucumbir.

Nada era bastante á arrancarme al letárgico decaimiento en que me ador-

mea; solo en mi estancia y postrado en un hondo sillón, permanencia mi cabeza reclinada cual si fuera para mis hombros un enorme é insoportable peso, y lo era en verdad, porque padecía la muerte misma no me hubiera distraído de las amargas y dolorosas impresiones que debilitaban mi espíritu; la muerte no, porque con ansia deseaba alejarme de este hemisferio de llanto y de aflicción.

Intensamente herido en mi mas caro afecto, dolorosamente punzada mi alma por el mas cruento dardo, nada podia fijarme de todo lo que en el mundanal torbellino se agita y confunde. La noche, única compañera y amiga fiel del desgraciado, me convidaba generosa á depositar en su secreta confianza el pesar que mi llanto ahogaba y enlutaba mi corazón.

Tanto era; y cual si los elementos nacieran de mi volcanizado pecho, ó pretendieran con él armonizarse, así desencadenando instantáneamente su terrible y comprimido furor, tributaban homenaje á mi insensible estado.

Con estruendo sordo y pavoroso, comenzaba á rugir el estremecedor bramido del huracán que precede á la sinistra aparición de la tempestad; entrecortados y pardos celajes avanzaban por la infinita extension, ocultando con los pliegues de su vaporosa vestidura las apagadas constelaciones celestes; gruesas y precipitadas gotas de agua produciendo al caer en el suelo un susurrante y campanudo sonido, se desprendian de la nube misma que rasgándose con fósforica rapidez, se mostraba inflamada, cual el cráter de un volcan al vomitar la ardiente lava que elabora en sus entrañas, y lejano y amenazador retumbaba con horrído zumbido la detonacion que acompaña á las palidas llamaradas de las emanaciones eléctricas.

Este otro espectáculo acordaba mas con mi situacion, y adormecido y presa del mas funesto letargo, de la mas reprimida angustia, permanencia asombrado, sin sensaciones y cual si gimie-

ra bajo el peso de la divina maldicion.

El mas implacable de los hados me arrancó de un golpe todas mis ilusiones, eclipsó la rutilante estrella, faro de mi ambicion, que me guía á la vida de un eslabon con otro que forma la cadena; mas aun; fatal signal me restaba el postrero golpe, aun tenia reservado para mí en su fondo la copa de la amargura una gota que apurar, aun tenia que sufrir la horrible prueba de verme frente á frente entre la realidad desnuda, ante una realidad que mis sentidos rehusaban penetrar.

Dormia; mis fatigados miembros descansaban al arrullo de la tormenta, con la misma calma y tranquilo sueño en que reposan las almas vírgenes que solo descubren risueñas imágenes y dorado y venturoso porvenir; semejante efecto ocasionan las mas divergentes sensaciones; mas de pronto, cual si sedienta ni nefanda muerte no se cansara de verme padecer; cual si ardiendo en ira envidiara la escasa trepaga concedida á mi mortal quebranto; cual si aun se holgara en contemplar mi sufrimiento, burlándose con sonrisa sarcástica, aun me deparó una pesdilla celestial que con mas dureza me lanzó en la sima que á mis pies se abría.

Soñaba, sí... pero soñé que arrebatado por impalpables y voladores mensajeros, y que trasportado en alas invisibles, hendía el viento, y salvando con mágica rapidez las ilimitadas distancias, soñé que penetraba en una fantástica mansion, do una dulce y divinal antorcha presta sus matizados resplandores para descubrir y leer en el surco mas recóndito del corazón, do se estiende la mirada sin obstáculo que impida su peregrina penetración, y donde suaves y dulcísimas armonías embriagan el alma con melodiosas cadencias, difundiendo por todo el ser humano el mas sublime de los consuelos.

Allí, ante aquel encantador y célico espectáculo, ante aquella continuada primavera que ostentaba envanece-

y ocultas hasta entonces para mí sus encubiertas galas; ante aquel venturoso clima que sus moradores desconocen, por no sufrir jamas las heladas brisas del invierno, ni los sofocantes ardores del estío, ante aquella eternal felicidad en que surrien y de incomprendible expresion aun para las mas ardientes imaginaciones, sentía desvanecerse mi cabeza sin poder explicar lo que mis ojos absortos contemplaban.

Cruzó rápidamente una idea por mi mente y busqué ansioso tocar la realidad que mi agitado espíritu retrataba, corría tras el emblemático ser que agitó mi corazón, tras mi estrella, tras la estrella que cual la que guió á los santos reyes del Oriente á la adoracion del tierno y divinal infante, debía guiarme y ser mi norte en la escabrosa senda de la vida, y en las sinuosidades del mundo. Busquéla y la hallé, vino á mi encuentro cual una exhalacion desprendida de la celeste cumbre, y á su aparicion sentí desfallecer, flaquear mis debilitadas rodillas, y hubiera caido cual piedra lanzada por desoladora nube, si no me sostuviera una fuerza singular, como la que suspende un objeto solicitado por varias masas de uniforme gravedad.

La hallé; mas qué hermosa! Risueña y sonrosada cual tierna flor del abril, cual fresco y lozano tallo que arrancado por el vendabal arroja sus tiernos retoños para brotar con mas fuerza, en mas frondoso jardin, la hallé apasionada cual siempre, encantadora cual nunca, y únicamente pudo exclamar:

—Angel mio, quiero morir!

—No, morir no! ven á mis brazos, tu hora postrera aun no la sonado, mas piensa en ella y nunca lejana te parezca.

—No importa; así mas pronto se ahogará mi pena.

—Insensato! no profanes con mundanales deseos la gloriosa estancia que te sustenta; no alimentes tan criminal y loco intento; piensa que estás

en presencia de la Divinidad y que ultrajas y escitas con tan temerarios pensamientos su omnipotente poder.

Vive, vive aún, que aun te restará alguna sagrada misión que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive, y no te atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

(Continuará.)

QUEEN DA PRONTO, DA DOS VECES.

Hallándose en Sicilia Tito, hijo del emperador Vespasiano, se le presentaron los diputados de la ciudad de Tarsis con una solicitud que interesaba altamente al bienestar de sus ciudadanos. Tito, despues de haberse enterado de la solicitud, les contestó que la tendria presente cuando estuviese en Roma y que les prometia interceder con su padre todo lo posible para que dicha solicitud tuviese su efecto. Esta respuesta parecia favorable y satisfactoria; pero Apolonio de Tiane, que era uno de los diputados, no quedó satisfecho, y con toda la libertad de un verdadero filósofo, replicó al emperador.

—Señor, si en este momento es traiesen algunos reos que hubiesen conspirado contra vuestra persona y contra el imperio ¿qué es lo que tendrian que esperar de vos?

—Que los sentenciasen á muerte en el acto, contestó el príncipe.

—Y qué, continuó el filósofo, no es una cosa verdaderamente abominable, vengarse en el momento y dejar los favores para mas adelante? ¿decidir por vos mismo de la imposición del castigo y esperar órdenes de otro para dispensar los beneficios?

Tito no pudo menos de convenir en la exactitud de la observacion, y sin

cuidarse del tono reprobivo del filósofo, al instante concedió á los ciudadanos de Tarsis todo lo que solicitaban, conociendo que muchas veces, mas que lo que se concede, importa la prontitud en dispensar el beneficio.



SIÓN.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

“Es verdad que es muy posible vivir con esta mujer, pensó al cabo de algunas semanas que fueron suficientes para conmutralzarle con Alleck. Profesaba un verdadero respeto á la señora Walter, y cuando concluidos sus quehaceres por la mañana y por la noche se sentaba con ella á la mesa, lo tenía por una felicidad, pues no la veía hasta entonces. Solía comer tambien con ellos el administrador, buen sujeto, pero algo aficionado á cumplimientos. Todos hablaban bastante; el administrador de economía, Conrado de sus viajes, y la señora Walter los escuchaba á ambos con su dulzura y talento. Conrado se encontraba tan complacido con su situación, que escribió al banquero Schmid una carta dándole las mas expresivas gracias. “No apetezco, le decía, una suerte mas agradable: soy feliz desde que me habeis colocado en posicion de poder hacer mucho bien, lo que sucederá en cuanto me encuentre enterado á fondo de mis funciones. Los hombres son aqui tan agrestes como el terreno; cuánto me felicitaré de civilizarlos un poco... Espero conducirlos á satisfacción de Mr. de Wullenroth.”

Pero las flores se marchitan pronto, y la alegría no permaneció mucho

tiempo en el corazon de Conrado. La señora Walter le había dicho que tenía una hija, cuya llegada aguardaba de un momento á otro: aquella joven vivía con una parienta suya en la ciudad inmediata.

Una tarde que volvía de un bosque á donde habia acompañado á los agrimensores, se encontró en el camino un carruaje en que iban dos señoritas que al parecer venían de la casa señorial, y regresaban á la ciudad. Al entrar en el comedor, encontró al lado de la señora Walter y del administrador una joven como de diez y seis años de edad, morenita, delgada, con la mirada llena de gracia. Conrado se inclinó respetuosamente, como si estuviese delante de una divinidad. La hermosa forastera le devolvió el saludo un poco ruborizada.

—Os presento á mi hija Pepita, le dijo la señora Walter. Si nos acostumbramos á la fealdad ¿por qué no nos hemos de habituar á la hermosura? Habían trascurrido muchas semanas, y Conrado no se acostumbraba todavía á ver á Pepita. No era la misma dos dias seguidos; parecia que cada vez se renovaba. Conrado tenía la mas amistosa confianza con todas las personas de la casa; pero no le era posible condérirse del mismo modo con aquella joven. A pesar de su método de vida, eran tan estraños el uno para el otro, como la noche en que se vieron por la vez primera. Conrado gustaba de conversar con ella, porque conocia que tenía talento ó ingeniosidad, y que no era gazona ni presumida; pero cuando hablaba con ella le parecia que se colocaba entre los dos un abismo. Pepita recibía á todo el mundo con amabilidad; pero siempre era á Conrado á quien se le ocurría menos que decir, y al parecer se apercibía tan poco de aquella diferencia, que con frecuencia le manifestaba deseos de tener mas intimidad con él.

“La vida es aqui muy fastidiosa, pensaba Conrado: quisiera que Alleck estuviese en el Kamtschatka, y jamas

hubiera venido á él.” Sin embargo, no llevaba las cosas al estremo de desear que Pepita fuese estraña á Alleck, y por ningún precio hubiera querido que le dejase. Y tanto mas tenía el fastidio, cuanto que nunca le había experimentado. Ya habian sido meditados todas las fieras, y puso en práctica todos los procedimientos de economía rural; despues estableció una escuela ó instaló en ella el maestro. Bien hubiera querido mudar al cura, con quien en un principio habia contado mucho para mejorar las costumbres y la moral de los habitantes; pero aquel santo varon desempeñaba sus funciones con muy poca cordura: cuidaba tan poco del alma de sus feligreses, como de los diezmos y de los hueros. Cuando Conrado le habló de mejorar la educacion de la juventud, y de hacer que fuese desapareciendo la rusticidad é ignorancia de los aldeanos, aprobó su proyecto riéndose, y chancándose sobre las ventajas de semejante empresa. Al domingo siguiente declamó contra los sectarios, los anabaptistas, ateos, arrianos, socinianos, y demas que trataban destruir la religion con sus supuestas reformas.

Los habitantes de Alleck se hallaban de acuerdo con su párroco: su religion consistía mas bien en el temor al demonio que en el amor de Dios. En materia de economia doméstica y rural, seguían la rutina de sus padres, que segun decían, sabian tanto ó mas que ellos: por manera que todos eran igualmente pobres. Se alimentaban con patatas, bebían agua de pozo, habitaban en casas infectas, mezclados con las vacas que estaban muriéndose de fiacas, y con sus hijos cubiertos de con los estrangeros, y procuraban engañarlos: hipocritas con su párroco, y bajos y aduladores con los individuos de la casa señorial: entre sí, rencorosos, envidiosos, calumniadores, altaneros y mentirosos: tales eran sus costumbres.

Conrado conoció bien pronto el to-

no que debía usar con semejante clase de gente: mandó reducir á prision á una docena de ellos por faltas que habian cometido, y desde aquel instante lo miraron como un hombre superior.

En cuanto fué adquiriéndose confianza, no tuvo dificultad en llevar á cabo sus proyectos. Primero trató hacer entender á sus subordinados que debían observar órden y buena conducta, porque parecían unos mendigos, con los vestidos llenos de agujeros: entonces se acordó de la educacion que recibiera de su venerable padre adoptivo, y de la anécdota del anciano caballero de la peluca blanca.

A escepcion de la costurera del lugar, no habia en él una mujer que supiese manejar regularmente la aguja. Lo que no sabían las madres, mal podrian aprenderlo las hijas. Cuando se rompian por primera vez sus vestidos nuevos, dejaba que el agujero se fuese haciendo mayor, y al tratar de remediar el daño, ya no era posible; así era, que sus capotes y chaquetas estaban viejos antes de tiempo: ademas la rusticidad era un vicio general que producía toda especie de enfermedades. Entre los harapos se encuentran con mas frecuencia las inclinaciones bajas y los vicios groseros: ¿á cuantas acciones viles suele dar ocasion un agujero en el codo?... El llevar los codos rotos conduce á muchos vicios que no son suficientes á desarraigar las declamaciones de un cura de aldea. Como en las clases elevadas las virtudes de las señoras dulcifican las costumbres de los hombres, del mismo modo era necesario empezar alli la reforma por las mujeres.

Así por lo menos lo pensaba Conrado. Su primer idea fué establecer una escuela de trabajo, en la cual se fuesen formando las jóvenes; pero temiendo la costurera que se le concluyesen sus medios de subsistencia, se negó á popularizar su oficio. La costurera, pues, á pesar de los elogios que su marido prodigaba á la idea del señor juez, alegó que le faltaba tien-

po para dedicarse á la educacion de las niñas. El domingo siguiente, los vecinos del pueblo oyeron un vehemente sermón contra los ateos, anabaptistas, arianos y otras gentes *ejusdem farinae*, que querian introducir una escuela de trabajo en la poblacion. En aquel momento Zopyro se levantó y fué con aire triste y fatigado á apoyar el hocico en las rodillas de su ama.

—Amigo, ya te comprendo; dijo pasando la mano por el lomo del hermoso animal: vienes á prevenirme que ha llegado ya la hora de retirarnos. Buenas noches, señores, hasta mañana.

Los amigos se dieron la mano, y se separaron.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

Al otro dia, Jorge volvió á comenzar su relacion en estos términos:

Conrado se consolaba de los disgustos de su corazón entre el reducido círculo de personas que se sentaban con él á la mesa. Pepita le escuchaba siempre con grande atencion, aprobaba vivamente cuanto decia, y le rogaba que le eligiese para maestra de su nueva escuela.

—No es bastante saber manejar la aguja, decia la señora Walter: nuestras aldeanas no saben ni cultivar su huerto, ni cuidar de su cocina: vamos á despedir á nuestros cocineros, y recibiremos en su lugar á las hijas de nuestros convecinos: yo seré su maestra en materias de horticultura y de cocina. En cuanto á lo demas, hay un medio muy fácil: una recompensa ligera, un sombrero de paja y un delantal nuevo, escitarán maravillosamente el celo, que conservarán el gusto del adorno y un poco de vanidad, porque sin la vanidad de las mujeres no esperéis nada de los hombres: el amor de la hermosura es el origen de cuanto bueno hacen. La belleza los

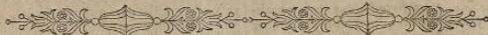
suaviza: intereseamos á su corazón halagándole por su parte mas débil, hagamos bonitas á nuestras aldeanas, y los aldeanos se transformarán fácilmente.

Así se espresaba sobre este asunto la señora Walter con su amabilidad acostumbrada. Conrado dirigia de soslayo tímidas miradas á Pepita: esta las habia notado, y hubiera podido leer en su semblante cuán cierto era lo que decia su madre; pero parecia que no habia comprendido nada de aquella excelente plática: desenredaba una madeja de hilo haciendo caricias al grave administrador. Conrado jamas habia tenido semejante dicha; Pepita amaba al parecer al administrador, en el poseo se apoderaba de su brazo, y Conrado por lo comun ofrecia el suyo á la mamá.

Las escuelas de horticultura, costura y cocina, quedaron bien pronto organizadas. Las maestras eran infatigables, y las jóvenes de la aldea, en cuanto oyeron hablar de cintas encarnadas, sombreros de paja y delantales nuevos, quisieron llegar á ser maestras en economia doméstica. En vano se enfurecia el párroco con los arianos; las jóvenes cosian, los niños se instruian, y todo iba perfectísimamente.

Solo Conrado no estaba bien: mientras todos los habitantes trabajaban en reparar los agujeros de los codos, él tenia uno enorme, y no sabia cómo taparlo. Desde entonces se alejó cuanto le fué posible de Pepita, y rara vez se aprovechó de los ratos de sociedad: los libros volvieron á multiplicar para él su perdido atractivo: multiplicaba sus proyectos para mejorar las posesiones de su principal, y para sostener los derechos de Mr. de Wrenth, siguió por sí mismo un litigio que le obligaba á ausentarse con frecuencia de Alleck. En fin, hizo cuanto estaba de su parte para restablecer el equilibrio; pero no consiguió su objeto mas que á medias.

(Continuará.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Quando tal cosa decimos, no es nuestro ánimo, ni oponernos al progreso, ni negar las ventajas, ni rechazar la aplicacion de las ciencias naturales y exactas: al contrario, las admiramos en sí, celebramos los inventos y grandes descubrimientos que se han hecho, y si algo deseamos, si algo pedimos, es la gratitud para sus autores y la inmortalidad para sus nombres; y que esos inventos, esos adelantos contribuyan al mayor brillo de las artes, á la cultura de los pueblos, al encanto, á la belleza, y si se quiere, hasta al refinamiento de la moderna civilization. Porque al pasar al través del siglo XIX, jamas le daremos una mirada desoladora y de desprecio, y si fijáremos nuestra vista, y si eleváremos nuestra contemplacion á las grandes y monumentales obras que por doquiera se levantan, y que atestan su grandor, su poder, la animacion y la

vida que es el carácter distintivo de esta época: porque tambien nos entusiasman, nos arrebatan esos caminos de hierro, esos telégrafos, esos barcos de vapor, esa maquinaria, esa rapidez en el comercio, esa celeridad en todas las comunicaciones, ese génio de actividad, de invencion y de trabajo que por todas partes corre, á todo se lanza, á todo se precipita: porque aunque dejáremos caer palabras frías y amargas sobre este siglo, por su espíritu dissipado, y por su carácter ligero, que ha substituido á la dignidad, á la magestad, y á la gravedad de los tiempos antiguos; aunque censuráremos su indiferencia, ya que ha cesado el desprecio por las ciencias sublimes de la religion y del alma; tambien haremos justicia en lo que la merezca, tambien le rendiremos un homenaje por lo que tiene de alto, de noble y sorprendente; tambien celebraremos sus maravillas, increíbles en otros tiempos; tambien entonaremos, si menester es, en obsequio suyo, un cántico de admiracion y de alabanza.

Hasta ahora hemos hecho un breve y rapidísimo exámen de las doctrinas, ora consideradas en sus diversas especies, y en la diferencia que entre sí las separa, ora atendida su relacion é influjo con la sociedad, de lo que especialmente nos ocupamos en los números anteriores. Y bien, preciso es saber su influencia actual, su influencia é imperio en los tiempos modernos, el ascendiente que tienen las doctri-

nas sobre esa civilización tan rica, tan variada, y sobre todo, tan deslumbrante y bulliciosa. Para ello, y á fin de que el cuadro sea completo, y el punto de vista tal como debe ser, despues de fijada la consideración sobre las doctrinas en sí, necesario es fijarla tambien: primero, sobre el estado actual de la sociedad; segundo, sobre la situación de los espiritus. Elevando el pensamiento á tal altura, es como alcanzaremos á ver y distinguir las relaciones verdaderas entre las doctrinas y los estados, y el grado de influjo que ejercen aquéllas sobre la marcha de los pueblos y el espíritu de los hombres.

Las sociedades modernas vistas mayormente en aquella parte, que es en cierto modo el foco de luz, el centro de la civilización, y el punto de donde parte el movimiento general; como en Europa la Francia, y en la América los Estados- Unidos, presentan tres grandes caracteres, tres fases, que es preciso conocer y debidamente apreciar. Estos caracteres, en lo que concierne y atañe al objeto de que nos ocupamos, son: primero, la extensión de conocimientos é ideas sobre la superficie social; segundo, el dominio de la inteligencia; tercero, la falta de autoridad.

El primer carácter que presentan los tiempos modernos en la extensión, la grande é incommensurable extensión de ideas, el derramamiento, digámoslo así, de conocimientos sobre la sociedad; fenómeno peregrino, espectáculo verdaderamente nuevo; ya que en ninguno de los tiempos pasados, ni en los Estados antiguos, ni en las repúblicas griegas, ni en la romana, ni en el imperio, ni en la edad media, ni en la Restauración, ni en el mismo siglo XVIII, se descubre, se ve esa inmensidad de gentes que piensan, y que leen aun mas que piensan sobre todas las materias, especialmente sociales y políticas. Hechas algunas excepciones, la lectura liviana, si se quiere, rápida, con frecuencia inútil,

si es que no perjudicial muchas veces, ya por el modo con que se hace, ya por la incomprendibilidad y elevación de los objetos, es el alimento de todos los espiritus, es una necesidad, es el placer, el lujo de los tiempos modernos. No leen, y forman su juicio sobre los altos y sublimes estudios aquellos hombres, que consumen sus vigilias en el cultivo de las ciencias, y gastan su vida en la meditación y estudio, saliendo no pocas veces de dentro de su gabinete con la modesta duda y la tímida desconfianza; sino que leen tambien y dan su fallo las clases altas, las clases medias, hasta la clase proletaria, hasta las mugeres de cuyo seno salen no pocas escritoras, hasta aquellos mancebos, cuyos espiritus no están nutridos, ni con el pasto de las ideas ni con el saludable jugo de la esperiencia.

No es difícil adivinar la causa de este hecho universal, y que tanto distingue las sociedades pasadas de la presente, ya en cuanto á la fisonomía que muestran, ya relativamente á los acontecimientos que se verifican. Helas aquí en nuestro entender. La imprenta, el periodismo, la democracia, la civilización, y aun mas que la civilización la cultura, que dorando é iluminando en otros tiempos los puntos mas altos de los Estados, descendió lentamente de las clases altas á las medias, se derrama ahora sobre las clases bajas, se extiende y va cubriendo gran parte de las llanuras sociales.

En cuanto al periodismo, el hecho no puede ser ni mas infante ni mas ostensible; así que, por lo que cumple á nuestro propósito, bastanos consignarlo aquí, puesto que le tenemos reservado algunas de las páginas de nuestro periódico, en las que, al paso que señalaremos su carácter, procuraremos descubrir las rápidas y continuas impresiones que causa, y los efectos que sobre la sociedad y los espiritus su acción constante produce.

Inútil es probar que las tendencias democráticas de la Europa, que se de-

jaron ver enérgicas y poderosas, especialmente en la Gran-Bretaña desde el advenimiento de los Stuarts al trono de aquel reino, y que acabaron con la expulsión de esa dinastía, y que se pronunciaron en Francia al mismo instante que Luis XIV descendió á la tumba, y que tomando de día en día creces, y siendo siempre mas récias é impetuosas, acabaron tambien con la rama primogenita de los Borbones; continúan aún vivas en nuestros tiempos, puesto que sus resultados son no menos generales que evidentes, y fáciles de encontrar por do quiera señales de sus triunfos y de su poder.

Pues bien: cuando el espíritu democrático se inocula en las entrañas de la sociedad, cuando la democracia procura conquistar ó ha conquistado el mando, influye en los destinos de los Estados, y goza de los beneficios de otras clases, la vereis comunmente que lee, la vereis que busca los principios que justifican sus pretensiones, y la enseñanza de los medios que pueden hacerlas realizables. Así los pleruecos buscaban y leían en Roma la ciencia del derecho; ciencia que en cierto modo era el instrumento del poder, y que daba mucha consideración é influjo; así los republicanos de Milton y de Cromwel leían la Biblia, así los proletarios de Francia leen el Abate La-Mennais, así las clases bajas de la América del Norte leen los dogmas generales que los enseñan y presentan los delirantes socialistas de aquel pais. Así vereis como en las poblaciones fabriles la clase jornalera lee tambien y comenta á su modo, siquiera en los periódicos, en medio de sus faenas y numerosas reuniones, los derechos de asociación y los principios de los gobiernos, celebrando á estos, censurando á aquellos, y fallando sobre materias incomprensibles no pocas veces á los hombres de mediano talento é instrucción regular.

Pasemos á exponer el otro carácter que presentan las sociedades moder-

nas, al menos aquellas que derraman la luz y dan el impulso. Este, como hemos dicho, es el dominio de la inteligencia, hecho que señala una época hasta cierto punto nueva, y de la que no es fácil hallar un tipo que seguir y un modelo que imitar, ni en las naciones antiguas, ni en ninguna otras sociedades.

El poder y la inteligencia casi siempre han andado juntos, enlazados por las mismas vias, y aunque ha habido épocas en que, quebrantándose el bello concierto y la dichosa armonía, que su union crea, la inteligencia y el poder se han dividido y hasta han luchado entre sí, épocas en que por esto mismo, por esta separación sacrilega, han sido funestas, tristísimas, espantosas como el desórden, duras como la opresión, crueles como la tiranía; con todo, por el curso de los acontecimientos, por la influencia de los tiempos, por la fuerza de los desengaños, y sobre todo, por efecto de aquella ley providencial, que hace que aun despues de los mas recios vaivenes y generales trastornos; aun despues de aquellos momentos en que se eclipsa el órden en los Estados y se anega la esperanza en los corazones; se asienten al cabo las cosas en su lugar, recobren las instituciones su nivel, y las sociedades su aplomo; la inteligencia y el poder se han acercado despues de su separación; se han unido cuando estaban divididos; acabando con hacer paces, y darse, digámoslo así, un ósculo de conciliación y amistad, ó porque el poder ha llamado así á su lado á la inteligencia.

Los hechos en la historia de los pueblos salen aquí al paso, convincentes todos y poderosos. Sin embargo, únicamente escorpemos los, que son en verdad los grandes cuadros, y uno de ellos un espectáculo alto, grandioso, sublime, en medio de tantos espectáculos como nos ofrece el mundo, en medio de su riqueza y variedad.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

(CONCLUYE.)

Vive, vive aún, que aun te restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive y no atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

—¿Y de qué mision puede estar encargada mi triste é inútil existencia?

Mira, arroja una mirada á ese mundo que ahora gira bajo tus plantas. ¿Quieres morir? preguntás cuál es tu mision? Pues bien, mira: creces que no te alcancen dolores que mitigar, penas que adormecer, lágrimas que enjugar, suspiros y ayes á que procurar consuelo? Inútil apellidas tu existencia, porque conoces y envidias la de otro mundo mejor! ¡Ah! vive, vive porque te lo ordeno yo en nombre del Señor, y siempre á mis mandamientos sumiso fuiste.

—Mira, contempla; no ves aquel anciano que encorvado bajo el rudo peso de la decrepitud, sin mas sosten que su débil báculo, aterido de frio, cubierto apenas su mortal esqueleto de asquerosos harapos, se arrastra penosamente por el suelo en la mas cruel de las agonias? ¿Pues bien! aquel es una víctima de la ingratitud de los hombres; es un miserable despojo de la mas sublime de las grandezas; es el simbolo de las inconsecuencias mundanales. Fué un aplaudido héroe en su juventud; la veleidosa fortuna le abrumó con la profusion de sus dones, y ahora, contéplale bien, es un héroe de sufrimiento y resignacion, es un mártir, y tú aun puedes ser su apo-

yo hasta que la yerba losa cubra para siempre su escasa sombra: aun tienes un deber que cumplir, un dolor que mitigar.

Mira; no ves aquella tierna virgen que se deshace en lágrimas de amargura porque le falta hasta el agua que generosa brota del manantial, para humedecor compasiva los desecados labios de su moribunda madre, que la tiene su pálida y descarnada mano implorándola con apagado y sepulcral acento? La ves á punto de sucumbir á la mas pérdida seducción, á la seducción que con vil tráfico comercia con las calamidades y miserias de la vida, por llevar al helado lecho de la aurora de sus dias, la redoma que aun puede prolongar un momento su existencia; pues bien, esa virgen que quizá dentro de breves instantes solo te inspirará desprecio y repugnancia, hasta en el mas ardiente acceso de tus pasiones, aun puede ser amante apasionada, esposa feliz y madre tierna que cuidadosa se desvele por sus hijos. ¡Ah! Sé su protector; aun puedes salvarla de la resbaliza pendiente del insondable torrente que ante sus ojos se presenta; aun puedes salvarla del baldon, y el ultraje con que va precipitada, á manchar su blanca y pura investidura, aun te resta un deber que cumplir, una pena que adormecer!

—Ah! descorre el velo que cubre y empaña tu descombrada vista, mira aquel huérfano niño que llorando de puerta en puerta mendiga un asilo donde abrigar su inocencia; mira cuál se lamenta porque el orgullo del poderoso le rechaza con depresiva sonrisa, porque le niega aun el pan acibarado de la odiosa servidumbre, porque insulta la desgracia en su mas candorosa é inocente expresion. Pues ese niño, desvalido y sin consuelo, sin que adormezca su sueño el calor del regazo maternal, sin tener quien espresese sus sencillas voluntades, ni á quien comunicase amoroso sus primeras impresiones, ese niño que pudiera llegar un dia en que su nombre repitiera la pos-

teridad agradecida, por su valor, por su virtud, ó porque atrevido adivinara los arcanos que encierran las entrañas de la tierra, ese niño abandonado y sin amparo, crecérá sin direccion cual silvestre arbusto que nace en lo mas retirado de la selva, cual ignorado arroyuelo que gira sus cristalinas aguas á merced de su capricho, sin cauce que las contenga, y cuando desarrolladas sus naturales inclinaciones; sin el freno de la educacion, se desborden y adquieran forma, entonces, en lugar de un hombre á quien la sociedad debe limnos de reconocimiento, deplorará quizá afligida sus inauditos crímenes, los referirá aterrada; y en vez de monumentos construídos para recordar su gloria, erigirá públicamente cadalsos para castigar sus vicios. Aun preguntará cuál es tu mision. . . aun te quedan lágrimas que enjugar, ayes y suspiros á que procurar consuelo! Rehusarás aún dar crédito á los labios de tu estrella!

—No, nunca, nunca dudé de tu sinceridad; viviré, viviré, si, tanto cuanto haya un desgraciado que reclame mi auxilio, y hasta que llegue venturoso el dia en que nuestras almas se reunan para toda una eternidad.

—De esa suerte te harás acreedor á impetrar la clemencia divina; mas atiende: aquí tienen su asiento las virtudes, la paz, la calma y la felicidad; allí bajo solo impera la vileza y la ruindad mas execrable, allí moran los vicios, la guerra, la ambicion y todas las miserias concentradas. Desciende de nuevo al mundo, mi desvelo te acompañará incansante, yo te cubriré con mi poderosa égida; mas guarda el confundirte con aquel cuyo desvelo cifra en encender cruda guerra entre sus hermanos, con el ambicioso que sediento de honores y riqueza, aspira sin considerar los medios que emplea, á la posesion del ideal que le trazan sus designios; no te confundas, mira con aquel que jurando una eterna amistad, solo espera un momento favorable en que hundirte su puñal en

el seno, con que prodigando su lisonjero labio alabanzas sin fin, te vende sin piedad al primer advenedizo que le ofrece un puñalo de oro. . . ¿Ves cómo se dibujan los imperceptibles contornos del tiempo, implacable anciano, que cual fantasma, sutil, corre y surge contando las edades con su arenosa medida? ¡cuál gozoso señala las víctimas que á su paso le place arrebatat, y cómo al misántropo habitante de los sepulcros, hacina con su fiera para el fatal y destructor resultado del veloz expedicionario? Pues bien, aprende, aprende que el mundo todo es deleznable, todo perecedero; aprende que el tiempo todo lo destruye, la muerte lo termina todo; y temerario aún, ¡tentarás á los cortos y frágiles dias de tu vida? aun. . .

—No, ya nada; á tu lado renace mi valor, tu celestial acento me electriza, quiero vivir, si; quiero vivir, y á los infinitos hados desafío, que si contra mi daño conjuran sus maléficos génios, tú desde el cielo me alentarás, me inspirarás fuerza para resistirlos y perseverancia para vencerlos.

—Desciende misero mortal! no profanes con tu presencia las divinales mansiones; exclamó de voz tan terrible llamar al último juicio.

—Lo oyes! descender al mundo te ordena el Señor.

—No, tan pronto no; aun un momento.

—¡No! ¡Adios! Su gran misericordia te protege; tu feliz estrella vela por ti.

—Ah! en vano huirás sin que antes te estreche una vez entre mis brazos, sin que por la última escuche tu dulce acento, sin que mis labios impriman en tu candorosa frente el sello de mi amoroso respeto, de mi delirante frenesi.

—¡Huir! demente corrió por alcanzar su leve sombra, y cuando creia estrecharla contra mi seno, cuando iban á tocar mis labios su alabastrina mejilla, el horrisono estampido del trueno,

no sacudió fuertemente la ventana de mi aposento, y abriéndose hirió mi cabeza bañada de copioso sudor.

Desperté, corrí aún tras la fantástica imagen que veían mis ojos, caí al suelo, lancé un grito, y al abrirlos nuevamente ante la luz de los que acudieron en mi socorro, conocí con amargura que soñaba, que todo fué una ilusión, una ilusión menos. . . una ilusión perdida.

SIÓN.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Parecía que Pepita apenas extrañaba su ausencia; permanecía como siempre con el atenta y fría. Su madre y ella hablaban de un viaje á una población muy distante en cuanto llegase la primavera; y Pepita pensaba en él con visible júbilo. Conrado aparentaba aprobarlo. Un día recibió una carta la señora Walter; por la noche se arregló el equipaje, y se fijó la marcha para la mañana siguiente.

—¡Tan fácil os es, querida Pepita, dejar á nuestro pacífico Alleck! . . . le dijo Conrado.

—Alleck se encuentra para mí en todas partes; le contestó sonriéndose.

—Lo creo así; sin duda os parece que no merece la pena de pensar en nosotros.

—Eso no la decís seguramente con seriedad. Me cuesta mucho sentimiento abandonar mis flores y mi escuela; ¿pero qué son cuatro semanas? He prometido traer alguna cosita de gusto á la mas aplicada de mis discípulas.

—Y qué me dais á mí? añadió tomandome la mano de la jóven, y estre-

chándola entre las suyas al tiempo mismo que fijaba en ella sus miradas.

Ella le respondió riéndose: —¡A vos, Mr. Eck! si cuidais mis flores, tendreis una regadera nueva.

Dichas estas palabras, se fué dando saltos, y Conrado quedó confundido. Despidióse de la señora Walter, y luego salió al campo para no presenciar la marcha de Pepita.

En su camino solo veía á la naturaleza y á la risueña primavera, como á través de una niebla; todo era para él inanimado é insignificante: el árbol no presentaba á su conturbada vista mas que un pedazo de madera verde; el ruiseñor no era mas que un pájaro silbador, y el lago rodeado de bosques y colinas por la parte del Mediodía, mas que un gran depósito de agua: le parecía que el mundo no tenía frescura ni novedad, cual si fuese un vestido viejo: la poesía misma no era capaz de exaltar su imaginación tanto como hubiera deseado encontrara á los cantores de la naturaleza un poco fastidiosos, y á los del amor locos.

—¡Ah! . . . repaña á menudo, la causa de todo esto se halla en tí mismo! . . . ¡Conradot! . . . ¡Conradot! . . . Tú tienes en el codo el mayor agujero de este mundo. . . . Conocia su mal perfectamente.

Aquellas cuatro semanas le parecieron cuatro años; mas por fin volvieron Pepita y su madre. Conrado se habia propuesto mirarla con una indiscreta ferial á la suya, y aquella resolución habia difundido una especie de calma en su corazón. ¡Pero aquella linda jóven estaba mas encantadora que nunca, y manifestaba tanto gozo por haber regresado á Alleck! . . . Dirigió á Conrado una mirada en la que descubria toda su alma, le alargó largamente la mano, hizo lo mismo con el administrador, que salía de la casa para ayudarla á bajar del carriage, se arrojó á su cuello, lo abrazó y contentó á llorar.

Conrado observó todo aquello rápidamente, y quedó absorto: deslízose

hasta su corazón una cosa ardiente, abrasadora como un veneno.

Una mañana, cuando toda la familia estaba tomando el desayuno, entró en la habitación un correo extraordinario que enviaba con una carta el banqueero Schmid. Conrado se puso pálido al leerla, sus amigos le miraban silenciosos, porque ignoraban lo que le habia mudar de color. Despidió al correo, se subió á su cuarto, se encerró en él, y no se presentó en la mesa al medio día. La señora Walter le llevó la comida, como él habia pedido, para no interrumpir su trabajo. Entró pensadamente, y aunque no hizo pregunta alguna, se notaba en sus facciones un poco de inquietud.

Conrado comprendió aquel lenguaje, y tomó la mano de la excelente y bondadosa señora.

—Marcho mañana al rayar el día, le dijo; viene á Alleck un nuevo juez. Os doy mil gracias por vuestra amistad, . . . no puedo deciros mas ahora.

—¿Qué! . . . ¿vos dejais, exclamó la señora Walter, acaso para siempre! . . .

—Probablemente.

—¡Gran Dios! . . . ¿Por qué? . . . Mr. de Wallenroth puede. . .

—No me preguntéis mas en el día. . .

La señora Walter se retiró taciturna y llorosa: Conrado prosiguió su camino. Habia tomado su resolución: consulto de mucho talento, y le eligió por su sucesor, previa la aprobación de Mr. Wallenroth. Deja por escrito instrucciones detalladas sobre los asuntos pendientes al nuevo juez y al administrador, y al ponerse el sol empaquetó los objetos que le parecían indispensables porque se proponía hacer un viaje á la India.

Mr. Schmid le enviaba una carta que Mr. Marbel le habia escrito desde Bonarés; en ella le decia que habia sido despojado de sus bienes, á los que tenia derechos indisputables: que su posición era la mas aprurada: que no podia ni pagar un abogado para seguir el litigio, ni vivir en semejante

situación: que ya hubiera regresado á Europa; pero que le faltaba dinero para el viaje; y que aun cuando se hallaba con deseos de trabajar, era ya demasiado viejo y estaba muy débil y poco familiarizado con la lengua inglesa. Rogaba, pues, á Mr. Schmid, que se informase del paradero de Conrado Eck, á quien habia educado; que le hiciese saber su triste suerte, y le dijese que su única esperanza se cifraba en él. Mr. Schmid le escribió, pues, preguntándole si iria á reunirse con Mr. Marbel, seguir su litigio, y prolongar los dias de un anciano con su trabajo corporal ó intelectual; y que en caso de que se decidiese á partir, estaba autorizado por Mr. Marbel para suministrarle el dinero necesario para el viaje; á buena cuenta de los doscientos luisas que le habia entregado para su establecimiento.

—Es posible (así concluia la carta) que Conrado no venga; tal vez no podreis descubrir en dónde se encuentra, ó quizá ya no exista. Entonces os suplico que os compadezcáis de mí, recordéis nuestra antigua amistad, y me enviéis algun dinero; con poco tengo suficiente para el corto número de años que me restan de vida."

A esta triste carta, añadió Mr. Schmid algunas líneas que decian en sustancia:

—No os inquietéis, mi querido juez, por la suerte del buen Marbel, pues haré cualquier cosa en su obsequio, aun cuando no sea mas que por nuestra antigua amistad. No digo que dejéis á Allek para correr á las Indias en busca de ese anciano (quién sabe si le hallareis con vida!) á sostener un litigio infructuoso, y á proporcionarle con nuestro trabajo de carpintero los medios de que carece. No concebí cómo ese buen hombre se ha atraído estas desgracias. Ahora debe tener sesenta y uno ó sesenta y dos años: las pesadumbres y los negocios frustrados le habrán verosimilmente envejecido. Lo que sobre todo os impide el acceder á sus deseos, es el irradido

que habeis celebrado con Mr. de Wallenroth, que en este momento se encuentra en Ratisbona, en donde probablemente permanecerá hasta el día 29 del corriente. Con él debe arreglarse este negocio, porque solo él tiene el derecho de dispensaros de vuestros deberes: un hombre de honor como vos, jamás falta á su palabra. Hasta tanto, os será fácil enviar á Mr. Marbel algun dinero, y estoy pronto á remitirselo en una letra de cambio girada á Benarés. Si tal es vuestro ánimo, os suplico me indiquéis la suma que le destinais, porque no hay que perder un momento. Al mismo tiempo podria decir á Marbel que ignora vuestro paradero, y esta escusa sería suficiente. . .

—Mr. Schmid! exclamó Conrado con labio tembloroso y los ojos llenos de lágrimas; Mr. Schmid! sois un malvado á la moda, y un hombre vil, bajo un aspecto engañoso, como lo son la mayor parte de las gentes virtuosas de nuestros días. Soy el hijo de Marbel, soy su deudor, puesto que él me ha hecho hombre. Ea, Conrado, marcha á la India, ve á socorrer á tu padre.

Conrado puso al administrador al corriente de los negocios mas indisculpables, para que no sufriesen retraso con su precipitada partida.

—Voy á Ratisbona, le dijo, para despedirme de Mr. de Wallenroth, y rogarte se sirva nombrar otro juez.

Cuando Conrado entró en la habitación común, la señora Walter derramaba copioso llanto, y Pepita se hallaba sentada en uno de los ángulos, triste y silenciosa.

—¿Os hallais decidido irrevocablemente? preguntó la señora Walter.

—Seguramente, me es preciso partir, y quizá para siempre. Marcho á la India.

—¿A la India! . . . exclamó la señora Walter.

Y al momento Pepita se puso pálida como la muerte, se le cayó la calceta, y sus manos quedaron yertas sobre sus rodillas.

Conrado, demasiado dominado por la idea de la desgracia de su padre, no fijó la atención en la jóven, no la vió semejante á una azucena doblada, apoyada sobre un canapé, sin fuerza, sin voz, sin lágrimas, fijando en él sus ojos lánguidos y moribundos. Conrado repasaba en su memoria sus relaciones con Mr. Marbel, las desgracias de su bienhechor, el pernicioso consejo de Mr. Schmid, y su resolución de cumplir con su deber hasta el último estremo.

—¿No es verdad? decía para sí: sería un monstruo si permaneciese en Alleck, aun cuando estuviese aquí el mismo cielo, y la muerte allá abajo. . . en el fondo de los mares. . .

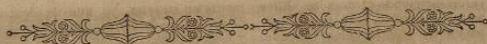
—Eso es arriesgarse sobremanera, decía el administrador.

—No, contestó la señora Walter sollozando, está bien hecho. . . pero tal vez apresurais demasiado la ejecución de vuestro proyecto. Si lo retardáis, aunque no fuese mas que un día, el mejor consejero suele ser la noche. . .

Y fijó sus miradas en Pepita, cuya palidez iba cada vez en aumento. Esta reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y exclamó con penetrante acento:

—Mamá, mamá, no aflijais mas su corazón: es preciso que parta: es preciso: no puede quedarse. . .

Conrado se encerró en su cuarto, se tendió sobre la cama, y la fiebre lo tuvo desvelado toda la noche. Al rayo del día, se detuvo á la puerta de la casa el carruaje que debía conducirle, y los habitantes de la aldea corrieron en tropel y le rodearon para ver y bendecir todavía otra vez á su bienhechor. En el transcurso de un año Conrado se había hecho amar de todos: era un amigo para cada uno; había hecho en secreto mas bien del que se creía. Entonces referían por primera vez, con lágrimas en los ojos, cuantos remedios había proporcionado aquí á los enfermos, y allá vestidos á los que estaban desnudos, pan á los hambrientos, y servido de fiador á los deudores apremiados al pago. (Continuará)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Sabido es lo que aconteció con la inundación de los bárbaros, al comenzar los primeros tiempos de la edad media. Ese fuerte y espantoso huracán de las regiones del Norte, apagó todas las luces de la sociedad civil, que en la debilidad del imperio, y en la agonia y languidez de la civilización romana, iban ya lentamente estinguéndose. Los hombres huyeron, diágnoslos así, azorados de tan horrible catastrofe, corren de una parte á otra, para no sepultarse en aquel terremoto europeo: las instituciones, las artes, todo el rico caudal que los Estados contenian, queda abandonado al torrente devastador de los conquistadores. Solo una sociedad llena de ardor y de celo, que en medio de sus contratiempos y desgracias, naciente pero robusta, jóven pero gallarda y dotada de prevision, recoge con preste-

za y se lleva con ahan el fuego sagrado, procurando conservar dentro los claustros, y en lo interior de los monasterios salvados del primer ímpetu, la llama del entendimiento humano, débil y marchitanda en medio del siglo. No busqueis la inteligencia en los Estados y naciones, no busqueis los restos dorados de la caduca pero brillante civilización romana: por do quiera hallareis señales de destruccion y de barbarie; por do quiera vereis la huella sangrienta que ha dejado al pasar el hijo nervado del Septentrion. El orgullo feroz y la brutal ignorancia triunfantes, sentados en el poder, en medio de un desorden profundo y de un desquiciamiento inmenso; he aqui lo que nos ofrece la negra época que plumas tan brillantes han descrito, y que nosotros no hemos hecho mas que indicar.

Pues dejad que trascurren algunos tiempos, y vereis á esos hombres que con el ascendeo de su poder moral habian logrado ablandar algun tanto la dureza de los conquistadores feroces, y que se habian llevado los cienicias y conocimientos en sus santos asilos, siquiera para conservarlos y transmitirlos despues como un precioso depósito á la posteridad; dejad que trascurren algunos tiempos, y vereis á esos hombres en los concilios, los vereis en los parlamentos, los vereis junto á los tronos, los vereis en medio de la nobleza, los vereis en el seno del pueblo, los vereis influyendo en la sociedad,

los veros dirigiendo el mundo. Ellos ademas de su virtud, eran mas inteligentes y sabios, que las demas clases del Estado, rehundidas en las tinieblas y agiadas en el caos. Por esto necesariamente mandaron, y la accion de su poder fue igualmente legitima que eficaz, no menos general que saludable; ya que es una ley de la humanidad confirmada por la historia, que la groseria se somete á la cultura, la barbarie á la civilizacion, y que la ignorancia acabe por rendir parias y prestar homenaje á la inteligencia y al saber.

Una clase existia sepultada en las profundidades y abismos de la anarquía feudal. Grande por su número, escasa por su importancia, oscura por su origen, baja por su nacimiento, humilde por su profesion, azotada por la nobleza, levantada por mano de los reyes, sostenida por el clero, colocada insensiblemente en un campo mas vasto y elevada en una posicion mas alta; que por medio de los conocimientos que adquiere y de la fortuna que pensosamente hace, empieza á respirar de la opresion que la ahogaba, se sienta con bríos, y va cobrando siempre mas fuerzas, y que despues de mucho tiempo y al través de mil revoluciones sociales, llega el siglo XVIII con una pujanza, con un grandor, con un orgullo, que inspira vivos recelos á las mismas clases de las que algun dia fuera esclava, y que pretende ser señora; que habla con altivez á los monarcas, y mira con desprecio á los nobles; que amenaza primero y acaba por destruir las mismas instituciones á cuyo lado se arrimara, cuando era débil y sin defension, para que le sirviesen de proteccion y de escudo. Esta clase es la clase media.

Un concurso de circunstancias que seria difícil explicar y hazo de desentvolar, han llevado á esta clase como por via de alarion una gran suma de luces, y un precioso caudal de conocimientos humanos. En su totalidad representa la inteligencia, ya que la inteligencia vive y especialmente se ali-

menta en su seno, ya que de dentro ella salen los hombres mas ilustrados y esclarecidos. Dirigid la vista sobre la tierra, desparamad vuestras miradas sobre una gran parte de la Europa; qué clase especialmente influye sobre los pueblos! La clase media, los hombres nacidos en la clase media.

Si en Inglaterra hay todavia una nobleza llena de recuerdos alivos y de pretensiones exageradas, robusta de si y grandemente poderosa para detener el movimiento y cortar el impetu que se dirige á la abolicion de sus fueros y de sus antiguos privilegios, es que la nobleza de la Gran-Bretaña, aunque feudal en su origen, no lo es especialmente en sus caracteres; es que se ha asociado mas ó menos al espíritu y civilizacion de los tiempos modernos; aquella alta aristocracia es rica é inteligente, y posee por lo tanto los títulos mas hábiles del poder, y tiene los medios que dan ascendente en la sociedad y aseguran el dominio de las naciones.

Queda, pues, sentado como un hecho inconcuso, que en donde han nacido la inteligencia y el saber, allíhan gravitado y allí se han acercado, allí han ido á parar mas ó menos tarde: el influjo y el poder; como que hay entre esos poderes el poder sobre las naciones y el poder de la inteligencia, una accion oculta, pero viva, pero eficaz, pero constante, como que tienden á unirse por una especie de atraccion, incomprendible acaso y misteriosa, mas que en realidad existe, y cuya fuerza, admirable juego y milisimas resultas, se dejan ver, así en el corazon de las pequeñas familias, como en el seno de los grandes Estados.

Fácil es conocer en esta España, inundada de amarguras, y que despues de tantas oscilaciones y vaivenes como ha sufrido para lograr la paz de los espíritus, la conciliacion de sus intereses, la armonia de todos los derechos, el natural sosten y equilibrio de todos los poderes, se ve ahora condenada,

como para devorar un nuevo infortunio y la última de sus humillaciones, á presenciar el grande escándalo, que le ofrece el actual é inipio divorcio entre la inteligencia y el poder. Si: la inteligencia ha sido lanzada de todos los puntos, de los escanos del mando, del parlamento, de la magistratura, se la ha despojado de sus nobles atributos, se la ha impedido el ejercicio de sus augustas funciones; mas ella no ha renunciado á sus derechos, ni puede renunciar aunque tal cosa intentase: la inteligencia murmura, protesta en su destierro, se exhala en justas quejas, brama por medio de la prensa, se insurrecciona, digámoslo así, y no hay que dudarlo, el porvenir es suyo, irremisiblemente suyo. Hoy grita desde el fondo, y dia ha de venir en que volará á la cumbre del Estado. Estos son los destinos que acá en el mundo le ha señalado la Providencia; así lo hallamos escrito en el gran libro de la historia y de la humanidad.

Mas dejemos tan tristes y lúgubres consideraciones, y apartando la vista de esta tierra de desolacion y de infortunios, elevémosla otra vez á la contemplacion y exámen de la sociedad en general; ya que nuestra España, que parece estar fuera de la ley comun, como escluida ahora de la civilizacion universal, ya que merced á algunos acontecimientos funestos, lejos de adelantarse, velozmente retrocede, ha de participar tambien de su benéfico espíritu, avanzando por la carrera de la perfeccion.

La inteligencia en otros tiempos influye, pero no siempre mandaba; que bien se conoce la diferencia que hay entre el influjo y el mando, entre lo que es efecto del ascendente que se obtiene sobre los espíritus, y lo que se realiza por el ejercicio del poder. La inteligencia estaba junto á los tronos, se acercaba á las instituciones, ya para sostenerlas, ya para ser protegida y amparada por ellas. Hoy empero, la inteligencia se levanta sobre las instituciones mismas, las forceja, las

da movimiento, las comunica impulso, y cuando le place las detiene. Ya no se contenta con ser una modesta consejera; ya no se limita en dirigir amonestaciones y avisos á los reyes, en hablarles en voz mas ó menos alta, pero siempre respetuosa y humilde; sino que posee de fuerza y orgullo, les impera, les exige, les amenaza, les anuncia sus derechos, proclama en alta voz su soberanía, y tiene en cierto modo un solo propio, independiente, encima de los sotos de los príncipes y de los monarcas. El trono de Luis XIV era un trono circuido de sábsos, y justo al que, al paso que el arte desplegaba todas sus riquezas y sus pompas, despedia la inteligencia los mas vivos y gloriosos resplandores. El trono de Luis Felipe era un trono circuido de sábsos tambien, y al rededor del cual se agrupaba asimismo toda la inteligencia de la Francia, tanto para sostenerle en los recios vaivenes de las tormentas revolucionarias, como para que su existencia fuese grandemente útil al estado, y contribuyera en los países estráñeros su brillo y alto prestigio al respecto ó la importancia del nombre francés. Sin embargo, qué diferencia, qué pasmosa diferencia entre el siglo XVII y el siglo XIX; entre el trono de los Borbones y el trono de Orleans! El Estado soy yo, habia dicho Luis XIV, en el desvanecimiento y arrogancia que le inspiraban su dignidad y poder. El rey es un esclavo coronado, ha dicho con un triste pero profundo convencimiento su amigo y entusiasta Enrique Fonfred.

De lo que se echa de ver, que la inteligencia no manda únicamente en su propia morada, que no solo se la adora en sus templos y en sus tabernáculos, como en los liceos, academias y establecimientos de enseñanza, alcanzando su benéfico influjo á todas las clases del Estado; sino que manda tambien con orgullo, con energia en los palacios de los príncipes, en los cuerpos políticos, en todas las asambleas; en una palabra, en la sociedad.

Y cuenta que el hecho que indicamos y cuyos efectos es imposible desconocer, no nace meramente de las formas políticas, si bien que confesamos que contribuyen mucho á la realización de tal fenómeno. Las causas de este hecho se hallan en el seno de los Estados: en el corazón de la sociedad es donde germinan, y por esto el hecho es social, enteramente social, mostrándose sus resultados verdaderos, y sus tendencias mas ó menos encubiertas en gran parte de la Europa.

El exámen que hacemos de los principales caracteres que presentan las sociedades modernas, es necesario ciertamente para conocer y adivinar el grado de influencia que sobre ellas ejercen las doctrinas. Este artículo se ensancha, y es preciso señalarle límites.

(Continuará.)

SIÓN.

CAP. III.

EL AGUERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Cada padre de familia creía que él y los suyos eran á quienes Conrado mas había querido y favorecido; á todos les había guardado el secreto, y solo el sentimiento comun que producia su marcha, les había devuelto el uso de la palabra.

Cuando Conrado entró en el comedor para sentarse por la vez postrera á la mesa, encontró á la señora Walter y al administrador deshechos en amargor llanto. Sirvieron el desayuno, y Conrado procuró distraer su pesar. Pronto ya para partir, fué el primero que se levantó, estrechó silenciosa-

mente contra su corazón á sus dos amigos, les recomendó se acordasen de él, y salió. No tuvo ánimo para preguntar por Pepita; pero al separarse de la señora Walter volvió á tomarla la mano, y la dijo con voz cortada por los sollozos:

—Suplicad á Pepita me conserve en su memoria! . . .

Salió de la casa y se dirigió al carruaje; el administrador y la señora Walter seguían sus pasos. Toda la población, oprimida por el dolor, lloraba, suspiraba y levantaba las manos hácia su amigo. Conrado, ya enteramente turbado, y deseando combatir su emoción, subió de un salto al carruaje, é iba á mandar partir, cuando vio á Pepita pálida, con los ojos hinchados de llorar, y con la expresión del mas indecible dolor; despues se cubrió el rostro con las manos, y volvió á entrar en la casa precipitadamente. . . .

—Ya es media noche! . . . exclamó el coronel, que por casualidad habia sacado su reloj: creía que apenas serian las diez.

—Las diez! . . . eso sería demasiado tarde para que se acostase un enfermo, dijo Maria con tono de autoridad doctoral. Buenas noches, y hasta mañana.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

Sin duda os acordais, dijo Jorge al día siguiente á los amigos reunidos, de la tristeza de Conrado al emprender su marcha. Había caído en el fondo del carruaje, que el postillon guiaba lentamente por en medio de la multitud. Inconsciente, y apoyado en uno de los rincones, cruzaba los brazos sobre su pecho, como para conservar en él el amor y el pesar, en tanto que el coche, no encontrando ya obs-

táculos, se alejaba con rapidez de Aleck.

Por la tarde llegó á W. . . y al punto corrió á casa de Mr. Schmid. Este se manifestó contento y sorprendido al verle.

—Os traigo yo mismo la respuesta á vuestra carta.

—Y qué habeis decidido?

—Marchar á la India. Debo demasado á mi padre: sería maldicido si le dejase abandonado á la miseria, viejo y achacosos. Qué desesperacion sería la de este virtuoso anciano, si viese que tendia en vano las manos hácia mí! . . .

—Está muy bien, mi querido Eck; pero no debe hacerse nada sin reflexión: un viaje á la India no es un paseo. ¿Quién os responde de que llegareis allá? . . . ¿Encontrareis buques? . . . ¿no podeis morir en el camino. . . y vuestra nave estrellarse ó irse á pique! . . .

—Es posible, pero cumpliré con mi deber: ademas, tomare precauciones.

—Muy bien, pero si el leal y honrado Marbel, que ya es muy viejo, ha muerto antes que llegueis á Benarés, ¿de qué os serviría este viaje al rodeo del mundo? ¿De qué os serviría el abandonar vuestra carrera y sacrificar vuestro porvenir?

—No perderé mi carrera: la que yo sigo se llama deber. . . . retrocederia como un cobardel. . . . No: viviré soy jóven. . . Dejarme partir, os lo ruego.

—Dadme una letra de cambio por todo mi dinero contante, y si de buena voluntad quereis añadir alguna cosa para Mr. Marbel, me hareis un señalado servicio; yo me constituyo personalmente responsable de la suma, y exijais, aunque para ello tenga que trabajar como un prestiditario. . . .

—Está bien, está bien; pero hablemos con un poco de sangre fria. A Marbel le es seguramente indiferente el volveros á ver ó recibir bastante dinero para proseguir su pleito y regresar á Europa: dinero, y está contento;

vos le seriais completamente inútil. Ahora, decidme, ¿cuánto pensais que debo añadir á lo que le destinais? en el día es mas fácil hacer que las letras de cambio lleguen á Inglaterra, que los hombres; segun mi consejo, no puedo.

—No, caballero Schmid, no puedo. Seré mas fiel á mi padre que mi dinero y al vuestro. Se encuentra viejo y débil, y necesita el apoyo de un hijo que le ame, que le defienda y le sostenga. En semejante posicion, un amigo es mas precioso que las barras de oro, y una palabra de consuelo es mas eficaz que todos los servicios de las gentes mercenarias. No hablemos ya mas de este asunto: mañana parto para Ratisbona, entrego mis cuentas á Mr. de Walleruth, hago dimision y le doy las gracias: es un hombre activo, y no opondrá obstáculos á mi marcha. ¿Quereis manifestaros amigo mio y de Mr. Marbel? Dadme, os suplico, una recomendacion firmada de vuestra mano: ya he experimentado cuán eficaces son para Mr. de Walleruth.

Mr. Schmid le miró largo tiempo en silencio. Conrado, bien decidido ya, se encontraba de pie delante de él, y se conocia que lo que acababa de decir era la expresión de su corazón. El mismo banquero pareció por algunos instantes conmovido con la energía de tanto amor y reconocimiento. . . . pero en seguida trató por nuevos medios de disuadirle de su empresa.

—Es inútil. . . . gritó Conrado. Si hubiera debido adoptar otro partido, no me hubieran faltado razones para ello. Ano á una jóven encantadora (ya conocéis á la señorita Josefá Walter); en el momento mismo de nuestra separacion he sabido que no le era indiferente: sin embargo, mi deber es preferible á mi felicidad. Así, señor Schmid, mi letra de cambio, mi letra de cambio! . . . deseo partir cuanto antes para Benarés.

Mr. Schmid no pudo contener las lágrimas al oír expresarse á Conrado de aquel modo.

—Venid á mi corazón! . . . Envi-
dio á Marbel semejante hijo, semejan-
te amigo. ¡Cuántos padres son mie-
nos afortunados que él! . . . Tendréis
la letra de cambio que deseáis, y no
concentrareis ningún impedimento por
parte de Wallenroth. Yo mismo quie-
ro acompañaros á Ratisbona.

Conrado se quedó un poco sorpren-
dido de la repentina mudanza de Mr.
Schmid. Hay, decía entre sí mismo,
hay pues en cada hombre, sea cual fue-
re el género de vida, aunque se haya
endurecido en los trabajos del banco
como una piedra, ó secándose como
una momia, hay una chispa divina que
no se apaga jamás, y que sin duda pro-
viene del mismo soplo que nos anima.
La naturaleza primitiva concluye por
despertarse en nosotros con toda su
energía: el *debe* y *haber* mercantil no
le puede ahogar, los sistemas teológi-
cos no la pueden falsear, la diploma-
cia y el arte de los compromisos anti-
guilares: se halla allí. . . ¡destruic-
tible. Ahora bien, nuestra naturaleza
primitiva es la divinidad. . . ¡Cuán
hermoso es el ser hombre!

Conrado ya no volvió á acordarse
ni de la carta del banquero, ni de los
consejos que le había dado de viva
voz: le perdonó todas aquellas mise-
rias que son otras tantas traiciones
desagradadas contra la naturaleza hu-
mana, pero que suceden en la vida co-
mún, y le abrazó segunda vez, porque
el principio noble, que llamamos ro-
manesco en nuestro lenguaje usual,
existía todavía en él, como también la
grandeza de alma que admiramos tan-
to en los hombres de los tiempos an-
tigos, y que de la vida real ha pasa-
do á la poesía.

A pesar de la impaciencia de Con-
rado, Mr. Schmid retrasó la marcha cer-
ca de ocho días.

—No había pensado de modo algu-
no en acompañaros, decía el banque-
ro; y sin embargo, ahora es preciso:
mis negocios son muy numerosos para
que pueda cumplirlos toda una se-
mana á manos extrañas; pero mucho

menos puedo separarme de vos. Mr.
de Wallenroth ha recibido una carta
mia: sabe que vamos á marchar, y nos
aguarda.

—Pero, decía Conrado suspirando,
cada día aumentan los peligros del
Océano, y el malestar de un anciano
desgraciado.

Por fin llegó el día de la partida; to-
maron caballos de posta y subieron al
coche. El viejo Mr. Schmid, amigo
de sus comodidades, no quiso viajar
de noche, y Conrado perdía el reposo
y la paciencia. Mientras Mr. Schmid
roncaba, escribía un diario destinado
probablemente á Pepita, á quien que-
ría enviarlo antes de abandonar las
playas de Europa y hacerse á la vela
para Benarés.

Llegaron á Ratisbona, y Mr. de Wa-
llenroth no estuvo visible el primer
día. Conrado no esperaba nada bueno,
porque no dudaba que el señor de
Alteck recibía siempre al banquero.
Todo aquello podía muy bien ser un
plan concertado entre ambos: es cierto
que Mr. Schmid volvió por la noche
con semblante sereno; pero hasta esa
misma tranquilidad le era sospechosa
á Conrado.

Por fin, el segundo día Mr. de Wa-
llenroth envió á los dos amigos un re-
cado convidándolos á comer. Conrado
insistió en que fuesen pronto, porque
en caso de que su principal le pusiese
algún obstáculo, estaba resuelto á des-
aparecer aquella misma noche sin im-
portunarle más.

Mr. de Wallenroth le recibió muy
bien. Después de los cumplimientos
acostumbrados, Conrado explicó con
una vivacidad febril la causa de su lle-
gada y la necesidad de su dimisión:
presentó sus cuentas y dió algunos
pormenores acerca de lo que pasaba
en Alleck.

—Habéis, le dijo Mr. de Wallen-
roth, cumplido cuanto me prometis-
teis, y aun encendido mis deseos, me-
nos la última cláusula concerniente á
la señora Walter: esa mujer excelente
es muy desgraciada. . . y vos sois. . .

Conrado se puso encendido como
un ascua.

—Yo. . .
—Antes de ayer he recibido una car-
ta suya: en ella me manifiesta el cari-
ño que os profesa en la población, y lo
sensible que para todos ha sido
vuestra pérdida: me habla además de
una jóven y amable hija suya, llama-
da Pepita, que se va consumiendo co-
mo el aceite de una lámpara. . .
(Continuará.)

ARIOSTO.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al
mundo por primera vez en Modena, el
día 8 de Septiembre de 1474; su padre
era un noble caballero de la corte de
Ferrara que sirvió en su juventud de
mayordomo al duque Hércules I, y
que desempeñó distintas embajadas en
las cortes de Roma y Francia. Ludovi-
co fué el primero de diez hermanos
que tuvo, y desde su niñez empezó á
mostrar hasta en los mas pueriles jue-
gos de la infancia, su pasión por la
poesía y sus brillantes disposiciones;
componía tragedias que representaba
con sus hermanos, y entre otras hizo
la de *Piramo y Tisbe*. Distinguióse
extraordinariamente en un colegio de
Ferrara donde estudió, y apenas ado-
lescente, pronunció para la apertura del
curso una elegante allocucion que hizo
conocer las mas bellas esperanzas. Su
padre le obligó á que emprendiera el
estudio de las leyes, y le aconteció lo
que á todos los hombres y poetas de
genio; miraba con aversion la aridez
de los libros que tratan de legislacion,
y se dedicaba sin gusto, sin afición
y sin capacidad á una carrera que tanto
se oponía á su natural inclinacion. Por
fin, despues de cinco años consiguió
el paternal permiso para entregarse á
su favorita pasión, á la poesía. Te-

nia entonces veinte años, y se dió á
conocer por sus bellas composiciones
liricas italianas y latinas, del Cardenal
Hipólito de Este, hijo del duque Her-
cules; aficiónose al trato de Ariosto, y
como reconoció en el otros talentos
especiales á mas del de poeta, le colo-
có á su lado en calidad de gentil-hom-
bre suyo y le encomendó diferentes
comisiones delicadas tambien Alfonso
hermano de Hipólito, y que le había
suocido en el ducado, continuó dis-
pensándole su proteccion.

En este tiempo fué, y en la corte de
Ferrara, cuando Ariosto, rodeado de
placeras y de distracciones, terminó el
cabo de diez años su obra inmortal, el
Orlando furioso. Comenzó la impres-
ion en 1515, y la publicó en 1516; la
compuso en cuarenta cantos muy dis-
tintos de los que han llegado á nuestra
vista; pero era tan superior respecto
de lo que hasta entonces se había pu-
blicado en este género, que elevó su
reputacion poética al mas alto grado,
eclipsando la de todos sus rivales. Se
vió Hipólito en la necesidad de mar-
char á Hungría, donde le llamaban ne-
gocios de la mayor importancia; quiso
que Ariosto le acompañara, y habiéndose
occurrido éste con lo débil de su
salud, insistiendo en permanecer en la
corte, le retiró su gracia el cardenal,
considerado como ofensiva su reso-
lucion.

Permaneció Ariosto en Ferrara; pe-
ro en una situacion bastante lamenta-
ble en cuanto á fortuna, y aunque el
duque Alfonso le admitió á su servicio
era generoso y desprendido, nunca
le recompensó como merecia.

En 1522 le nombró gefe de una par-
te montuosa y salvaje de sus Estados,
infestada de salteadores y malhecho-
res, reliquia de las facciones que ha-
bían agitado al país; y Ariosto consi-
guió en poco tiempo reconciliar los es-
piritus y atraer los áulinos á la sumi-
sion mas completa. Aquí fué donde
le ocurrió una aventura con un gefe
de bandidos llamado Paschione, que
prueba mejor que todo cuan grande

era la estimación que le profesaban y el afecto que supo ganarse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso pedregoso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una partida de hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el gefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdón de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenía la mayor satisfacción en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenaje de admiración.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicación de su Orlando, no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viajes para recoger el consejo y la opinión de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adicionado considerablemente, en cuarenta y seis cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al impropio trabajo que le exigió esta última edición de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533; su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como espresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veía otro símbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1873 un noble ferrarés discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus espensas en la nueva iglesia

de los monjes Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el día mismo en que se cumplía el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estatuas y de las alegorías, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecía, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó tenía de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo él mismo, y en traje de bata y chinelas. Su conversacion era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenía orgullo ni ambicion; leía pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su manía; cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenía otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposicion de los aposentos de su casa, é hizo grabar sobre el dintel de la portada este dístico latino:

Parca, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non Sordida, parva meo sed tamen arc domus. (S. C.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Donald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que expresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienen, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caracteres que señalan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entiéndase que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispierda, que sujeta y no conviene, encadena el cuerpo, mas no reina en el

espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y si de aquella otra autoridad que es el poder moral por excelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos rísimos de los subordinados, ese poder, símbolo del orden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazón se abata.

Examiné el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el orden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político: en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y usa de su poder; y siempre echareis de vez su falta, y siempre descubrireis un grande exceso de independencia individual.

Ora se considere aquella autoridad creada por el saber y la experiencia, que anda por lo comun cubierta de canas, grave de suyo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posicion social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atienda á la que se levanta en el seno de las familias, espresion de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y origen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarnejada no pocas veces por la multitud,

está débil, enervada, habiendo perdido, merced á mil poderosas causas, el prestigio y saludable ascendente que en otros tiempos obtuviera.

Porque, preciso es decirlo, la autoridad obrando cual cumple á sus destinos, y sin alogar con su peso la razón, es el sostén, la guía del individuo, es la trabazón, oculta, si se quiere, pero la mas fuerte que tienen las sociedades humanas. Sin autoridad, las pasiones carecen de dique, la libertad de contrapeso, la ignorancia de luz, los deseos de firmeza, la debilidad de apoyo, la sociedad de núcleo y el mundo de órden. Porque, para que las naciones adelanten, para que la familia exista, para que el individuo no se pierda, desconcertándose su entendimiento y cangrenándose su corazón, no basta, no, la fuerza material; no basta, no, el azote del castigo; no basta, no, que luzcan y se agitan en este horizonte tenebroso las centellas de la razón humana, sino que es menester la autoridad, ó para hablar con mas exactitud y compendiar el pensamiento en una sola frase, es necesaria la combinación y armonía de esos tres elementos, la fuerza, la autoridad y la razón.

La razón, la autoridad y la fuerza; hé aqui las tres robustas columnas del edificio social. Arrancad una de estas columnas, derivad, comoved una de estas bases, y notareis que el edificio tiembla, se bambolea, y advertireis que la sociedad se desploma, se pulveriza á vuestras plantas. Verdades son estas que la historia nos enseña con sus lecciones, que la experiencia nos muestra con sus escarmentos terribles.

Y tan cierto es que la autoridad, la razón y la fuerza, son necesarias en toda sociedad, no menos como un medio de progreso, que como una condición de su existencia; que no cabe encontrar ningún estado en que en cantidad mayor ó menor, materializando la idea, no entren estos tres elementos.

Recordad todos los países, entrad en el seno de cualquier familia, penetrad

en lo interior de un estado, y por mas incompreensible que su situación sea, y por peregrino y variado que se presente el carácter de sus individuos, dóciles y sumisos los uno, altivos y rebeldes los otros, bárbaros ó civilizados, sea la sociedad joven y brava, ó decrepita y moribunda, limitada ó extensa, pacífica ó agitada, virtuosa ó corrompida, política ó doméstica, siempre notareis que habla en voz mas ó menos alta la razón, que se levanta mas ó menos la fuerza, que obtiene mayor ó menor ascendente la autoridad. Será esta una criatura de la ley, creada acaso por la experiencia; proximas al fin será una autoridad verdadera, é influirá en los ánimos y obrará en la sociedad de un modo distinto de la fuerza, de una manera diversa de la razón, como que la razón obra sobre el entendimiento, y la fuerza sobre el cuerpo, y la autoridad va en derechura á la cabeza y al corazón.

A veces vereis que solo la fuerza se alza, domina y comprime la sociedad. Epocas son esas de tiranía, que tiranía hay cuando la fuerza va delante, y á lo lejos y detrás la siguen, temblando y sin aliento la autoridad y la razón.

A veces vereis que la autoridad existe en las alturas del poder; pero sola, abandonada, sin que tenga á un lado la razón que amoneste y la fuerza que contenga. Epocas son estas tumultuarias y de desórden, pues hay desorden y anarquía, siempre que la autoridad carece del patrocinio de la razón y del apoyo de la fuerza.

A veces vereis que la autoridad y la fuerza siguen por un mismo camino, juntas, unidas, desdendiéndose de ir con la razón, ó la que desprecian, y que dejan muy atrás. Epocas son estas de inmovilidad ó retroceso, pues hay inmovilidad ó retroceso siempre que la razón está privada de enseñar su perfeccionamiento al hombre, y los medios de mejorar á la sociedad.

Cada una de estas épocas está re-

presentada en la historia: en el feudalismo encontramos la primera: en la Francia del último siglo, y en los sucesos que prepararon la catástrofe del infortunado Luis XVI descubrimos la segunda, y quizás para hallar la tercera, no sería preciso remontarse muy alto en la crónica de nuestro país.

Lo que se echa de menos en los tiempos actuales y en las sociedades mas influyentes, no es la razón, no, al contrario, por do quiera se la encuentra, por do quiera manda: Empero la razón por sí sola no es bastante: mas aún, es peligrosa. La razón ilumina, sí; pero también quema; dirige, sí; pero también estravia; impulsa, sí; pero también precipita: es el órgano de la verdad; pero también es el eco de la mentira, es una máquina que edifica; pero también es un aríete que derriba.

¿Qué practican, pues, qué se ven forzados á practicar los gobiernos para contener el ímpetu destructor y anárquico de la razón individual, para poner coto á sus pretensiones exageradas, para suplir la autoridad? ¿Qué hacen? Aumentan la fuerza material, redoblan la vigilancia. Así es, que se presenta como un fenómeno notable, que en Francia cabalmente en la época de su mayor ilustración, y después de las conquistas que han hecho allí la civilización y la libertad, exista en pie un ejército numerosísimo é imponente, y que no podais dar un paso sin que os encontréis con un soldado ó con un agente de policía. Y ¿por qué esos pasaportes, esos registros, esas trabas que detienen al hombre, y embarazan su curso en los tiempos mayormente en que mas alto se proclama su libertad? ¿Por qué ese cúmulo de fuerza, y esa multitud de precauciones que todas revelan el temor y la suspicacia? Porque falta la autoridad, y ésta de un modo ú otro debe suplirse. Cuando las sociedades carecen de fuerza moral, preciso es que acudan á la fuerza material. Y por qué en Alemania é Inglaterra, á pesar del grado de libertad que se disfruta en la últi-

ma, y del desarrollo de la razón que hay en la primera, existe un órden mas firme, y la sociedad no tiembla de continuo, expuesta al récio huracán de las facciones! ¿Sabeis por qué! porque la revolución que pasó por estos países no combatió, no persiguió tan encarnizadamente la autoridad, no la aniquiló en todos sus órdenes, como la combatió y aniquiló en Francia: la revolución; allí no fué tan general, tan corrosiva, tan abrasadora. En Alemania é Inglaterra, á pesar del orgullo y altiva independencia de la razón, existe y se conserva la autoridad, cubierta con el prestigio de los años y rodeada del grandor. Autoridad en todos los círculos, en todas las relaciones del Estado. En Inglaterra y en Alemania hay dos sociedades; una antigua, veneranda; y otra joven, ardiente é ímpetuosa; pero que se muestra á veces dócil á los consejos de aquella, y que aun en su impaciencia, no falta al respeto que le inspiran su experiencia y sus años: es una madre grave al lado de su hijo, cuyo ardor temple, y cuyos ímpetus reprime. ¿Dónde hallar en Francia esta sociedad madre, esta sociedad antigua! ¡Ah! No la busquéis, murió en la revolución.

[Concluirá.]



ARIOSTO.

(CONCLUYE.)

“Reducida mansion; pero cómoda é independiente y construida solo á mis expensas.” Este último periodo no es indiferente, y prueba lo contrario de lo que han asegurado algunos escritores hablando de Ariosto, pues decían, debía esta casa á las liberalidades del rey Alfonso.

Preguntando un día á Ariosto cómo había hecho construir una casa tan sencilla cuando su imaginación le había sugerido en su orlando la descripción de tantos magníficos palacios, contestó: "Porque es mas fácil encontrar palabras que piedras." No obstante, un crítico ha dicho, respecto de Ariosto, que no era fácil en la composición de sus poesías; que sin cesar las emendaba y que sus manuscritos conservados en Ferrara estaban casi ininteligibles á fuerza de correcciones. Dice además que ningún poeta moderno lo ha igualado en el género fantástico, género en el que la imaginación encuentra mas recursos de alimentarse que en el de la apoyeya esclusivamente heroica. Ninguno ha sabido con tanta maestría como él, hermanar lo serio y gracioso con lo terrible, lo sublime con lo familiar; ninguno ha presentado en sus escenas tan grande número de personajes, de caracteres y de acciones diversas que todos conspiran á un mismo fin; ninguno mas poeta en su estilo, mas ameno en sus cuadros, mas fecundo en sus descripciones y mas exacto en la pintura de los caracteres y de las costumbres. Para compararle y preferir á otro poeta épico italiano que rivaliza ó divide con Ariosto el primer puesto, es necesario comenzar por establecer la superioridad del género que su antagonista el Tasso escogió. Raras son las producciones que en un mismo género y comparadas entre sí, no aventaja Ariosto á su rival.

Ariosto reunia á la fecundidad de ingenio y fertilidad de invención la mas exacta precision en los detalles de sus personajes, y descubre en sus obras conocimientos profundos en la geografía. Tales son, pues, como pintamos en este pávido bosquejo, las eminentes cualidades que adornaban la privilegiada organizacion del autor del Orlando el furioso, obra que han admirado y admirarán las generaciones que se han sucedido y se sucedan, y tales son, pues, las causas porque ha escita-

do el entusiasmo de todos los pueblos y lo que ha impulsado á los hombres de diferentes naciones á emprender una fiel traduccion de esta bellísima obra maestra.

A RICARDA.

Ven á la sombra que en la márgen fría nos da el sauz frondoso; reclinete en mi pecho, amada mía, encanto delicioso.

Ven á la sombra, porque el sol ardiente refleja sus destellos sobre tu blanca y amorosa frente y tus rubios cabellos.

Y cual la flor que en el pensil se mece, de tu faz la blancura, con los rayos del sol desaparece, y tórname en oscura.

Ven, y entónces sonará mi lira mas grata y armoniosa que el canto de la tórtola que espira entre la selva umbrosa.

Mas grave que el bramido del torrente que inunda el ancho prado; mas suave que el murmurio de la fuente en el bosque callado.

Tan solo cantaré de tus amores la angélica pureza, ó cantaré tambien de mis dolores la sin igual crudeza.

Ven á la orilla del sonoro rio, lindísima Ricarda, ¡oh nunca el austro te marchite impio, fragante flor, gallarda!

Amaina el vuelo, celestial paloma, en medio de este prado; respira de las flores el aroma al aire disipado.

Ven á gozar del bosque la frescura, á respirar la perfumada brisa, á escuchar el torrente que murmura, á gozar mis amores indecisa.

Ven á escuchar el canto sonoro de la turba de pájaros canora, y acabe entónces mi dolor amargo, y al universo con su luz colora.

Ven, sí, Ricarda, sobre el pecho mio reclinada descaudada tu cabeza, y acabe entónces mi dolor amargo, y acabe entónces mi tenaz tristeza.

Repiraré tu perfumado aliento, libere de tus labios la ambrosía, y contigo, mi bien, siempre contento viviré sin mortal melancolía.

Tú serás el arcángel de consuelo que me guie en mi triste desamparo, como al tender la noche el negro velo al navegante el doloroso faro.

Y tú serás la fuente inagotable en donde beba mi perpetua dicha: solo mirando tu semblante afable me jazaré contento y sin desdicha.

Y contigo, mi bien, en lazo estrecho, á mi existencia tu existencia unida, gozaré sin pesares, satisfecho, cuanto pueda gozarme en esta vida.

Huastaco.—RAFAEL GONZALEZ PAEZ.

Sueños y presentimientos.—Los diarios de Boston refieren varios casos de sueños realizados, que á ser ciertos, no dejarán de preocupar las imaginaciones supersticiosas que creen en visiones del otro mundo, en presentimientos y otras mil zarandajas, que no hace mucho que una señorita llamada Wise, soñó que su hermano había sido horriblemente estropeado, de cuyas resultas había muerto. El sueño le preocupó de tal manera, que le fue imposible dormir en toda la noche. Pocos dias despues recibió un parte telegráfico en que sus amigos le

anunciaban que su hermano había sido víctima de un accidente desgraciado en un tren de ferrocarril cerca de Chatham, Estado de New-York. La hora en que ocurrió el accidente parece haber sido la misma de la noche en que despertó la señorita Wise, á consecuencia del fatal ensueño.

Otro de los casos, tambien de fecha reciente, lo refieren aquellos diarios de este modo: Un tal Mr. Colton, socio de la casa de Colton y Fuller, comerciantes de telas, soñó dos veces en una misma noche, que su almacén había sido abierto, y una parte considerable de sus mercancías robada por una cuadrilla de ladrones. Colton despertó á su socio que dormía en la misma pieza, y le refirió la extraña repetición del mismo sueño; pero recibiendo por toda contestacion algunas espresiones de burla del soñoliento Fuller, volvió á acostarse. A la mañana siguiente recibieron los socios la noticia de que su almacén había sido efectivamente robado durante la noche anterior de mas de 1.500 ps. en efectos.

Sin ir á Boston, hay personas que parecen tener mucha fe en sueños y presentimientos. Entre los casos que han dado márgen á esta creencia, hallamos el siguiente: Mr. W. S. Deverna, empresario del teatro de Chatgam, en esta ciudad, soñó una vez que su vida estaba en peligro, por hallarse amenazada de una caída, á la cual no podría sobrevivir. Este sueño le preocupó tanto que despertó á su esposa, y se lo refirió. Pocos dias despues se realizó su ensueño, pues pereció víctima de una caída.

Casamiento mudo.—La semana anterior se unieron con los lazos del matrimonio dos alumnos internos de la casa de sordo mudos. Ambos estaban privados absolutamente del habla y del oido, y los padrinos de su boda pertenecían á la misma especie de seres desgraciados. La ceremonia se verificó en la casa de sordo mudos, y

á presencia de un ministro de la iglesia protestante, quien les explicó las obligaciones que ámbos contraían desde entonces, por medio de señas y gesticulaciones. Concluida la ceremonia, el presidente del instituto dirigió á los novios una allocucion muda, que ellos entendieron, al parecer, á las mil maravillas. Esta es una prueba mas de que el amor entra muchas veces por los ojos, y que la elocuencia de los labios no es la única eficaz. Los individuos á que nos referimos se han enamorado por señas, y sin que la lengua tomase la menor parte en el asunto.

Ya voló.—La España de Madrid dice lo siguiente: "No va de broma. El día 14 del corriente se verificó en la Puerta del Sol de esta corte el primer ensayo del Eolo del señor Montemayor en medio de un inmenso gentío. Desgraciadamente al henchirse el globo se hizo en este un rasgon que impidió al aeronauta subirse por los aires. Esto, no obstante, se vió al señor Montemayor pasar por encima de Carasona, entre Perpignan y Tolosa de Francia.

Algunos habitantes de Madrid quedarán acaso sorprendidos al oír la primera noticia, y les cogerá acaso de nuevo la segunda; pero tenemos á la vista documentos que comprueban una y otra.

"Hé aquí, si no, lo que traducido al pie de la letra dice en uno de sus últimos números el *Courrier de la Gironde*, periódico que se publica en Burdeos.

"Nuestro corresponsal de Madrid nos escribe con fecha 14 de Octubre, la carta siguiente:

"Ayer estaba todo pronto para la ascension del aeronauta J. Montemayor, del cual he hablado á vdes. muchas veces. El buque globo el *Eolo*, estaba completamente aparejado y dispuesto, y no esperaba mas que la aurora del día 15 para elevarse magníficamente por los aires. La maravi-

losa promesa de este viage que hace tres meses, es objeto en ésta de todas las conversaciones, iba á cumplirse, cuando una circunstancia imprevista ha venido á retardar su imaginacion por algunos dias.

Hoy ha sido henchido el *Eolo* en la Puerta del Sol, en medio de un gentío numeroso, empleándose en esta operacion nada menos que cuatro horas y media, porque el inmenso globo mide 2,000,000 de libras de gas hidrógeno. Esta primera prueba se hizo en presencia de una comision del ayuntamiento, la cual estaba encargada de extender una memoria sobre la construcción del globo, su solidez y fuerza ascensional probable.

Tengo el sentimiento de anunciar á vdes. que á causa de un pequeño rasgon que tenia el globo, decidí la comision que el buque aéreo no podia emprender un largo viage por la atmósfera sin una revision completa, aplazándose de órden superior por algunas semanas, debiendo advertir á nuestros lectores, que la causa de este mal éxito no debe imputarse al señor Montemayor.

El aeronauta se puso el mismo dia de la decision de la comision á reparar su globo. Parece que la tela del globo, poco flexible por el barniz de que se halla impregnada, se habia roto por diferentes partes, y era de temer que estas ligeras roturas degenerasen en los aires en grandes agujeros. La comision ha sido mas prudente que el aeronauta que queria intentar el viage, y la comision ha tenido razon."

A esta carta de Madrid, inserta en el periódico bordelés, añade el *Journal de Toulouse* las siguientes líneas:

"Un periódico de esta ciudad dice que el globo que debe ir de Madrid á Londres, habia sido visto atravesando los aires por encima de Carasona. Esta noticia nos parece por lo menos prematura á juzgar por lo que dice el *Correo de la Gironde* su corresponsal de Madrid acerca de este famoso viage, en carta del 14."

Los anteriores párrafos llenará de asombro al mismo Montemayor. Ahorremos comentarios."

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELTE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

(CONTINUA.)

—Os escribe eso!...

—¡Certamente! la madre y la hija piensan con bastante nobleza para respetar vuestra resolucion de ir á Benarés; pero esa madre teme por los dias de su hija, que ahora se halla en grave peligro....

Conrado se puso pálido.

Mr. de Wallenroth salió un momento y volvió con una carta. Conrado la leyó, y no le quedó duda de que era de la señora Walter. Referia á Wallenroth la marcha precipitada del juez, añadiendo que habia observado ya hacia algun tiempo, no sin inquietud, que habia producido una fuerte impresion en el ánimo de Pepita: que iba desmejorándose; que los médicos se encogian de hombros, y la mandaban se distrajesse y viajase; pero que ella no queria salir de Alleck, y que ademas, estaba muy débil para soportar las fatigas de un viage. Toda la carta respiraba el dolor de una madre afligida.

Conrado se sentó en una silla, se cubrió el rostro con el pañuelo, y no pudo contener sus sollozos. Mr. de Wallenroth se aproximó á él, y Conrado cobró ánimo.

—Leo en vuestra alma, le dijo Wallenroth, y esas lágrimas justifican lo que he hecho. Conozco á Pepita:

me es muy querida: es un ángel... ¡la amáis!...

—Sí, contestó Conrado.

—Pues bien, tranquilizos: la salud de Pepita y la felicidad de su madre son para mí tan preciosas, que en cuanto recibia esa carta contesté por medio de un correo: "El caballero Eck no marcha á la India: las circunstancias han variado: regresará á Alleck... Mi carta se halla ya sin duda en manos de la señora Walter. Decídmelo, ¡he hecho bien!"

—¡Habéis hecho bien, dijo Conrado.

—Y no marchareis á la India!...

—Os digo que habeis hecho bien: siempre es bueno engujar una lágrima, aunque sea con el velo de la ilusion. Os doy gracias, señor de Wallenroth; escribiré desde aquí á Alleck para mantener su esperanza; el tiempo es mas poderoso que el hombre: Pepita se salvará con esa estratagema inocente, y no por eso suspondré yo mi viage á la India.

—Pues qué, señor Eck, ¿queréis hacerme mentir?

Conrado se encogió de hombros. —Querriais, caballero, que fuese ingrato para el que me ha hecho lo que soy!...

—No; exclamó Mr. de Wallenroth: comprendo que la situacion en que os hallais de optar entre un padre ó un bienhechor que ha hecho las veces de tal, y vuestra querida es muy desgarradora.

—Los derechos de un padre son mas antiguos y mas sagrados que los de una amante: si fuese capaz de cometer una vileza, seria indigno del amor de Pepita, y me aborreceria... —Examinemos el asunto bajo otro punto de vista, contesto Mr. de Wallenroth; es decir, que queréis volar al auxilio de un anciano, á quien una gruesa suma puede sacar de ahogos mas pronto y eficazmente que vos, y dejar sumida en la desolacion á una jóven á la que todo el oro del mundo no puede indemnizar de vuestra pérdi-